



Cultura juvenil

Cultura juvenil en el contexto popular

Julio de Freitas Taylor*

DOSSIER

Erente a los nuevos modelos de socialización, la cultura de urgencia, la aparente obsolescencia de los valores de ayuda mutua, y la quiebra de la promesa de una vida mejor a través de la educación formal y la inserción en el mercado laboral, que en algunos países latinoamericanos alimentó sus cortas épocas de bonanza, la desesperanza parece ser, la mayoría de las veces, la única respuesta. La posibilidad de futuro que alimentó a las primeras generaciones de los grandes contingentes de personas que formaron los barrios caraqueños ha dejado de ser creíble en las nuevas generaciones de éstos, en medio de un contexto político y social que los criminaliza por el sólo hecho de ser pobres y jóvenes y que les endilga la inseguridad vivida en dichas ciudades. Es así como el paso del “malandro viejo” al “malandro niño” se recrea en el contexto de una ética individual, sobremoderna, mediática, que sólo reconoce en el Otro un enemigo en potencia (De Freitas, 1995).

Los grandes índices de desocupación y la alta tasa de deserción escolar y subescolaridad, en medio de una violencia estructural, que no genera muchas posibilidades de sobrevivencia para los más jóvenes, parecieran establecer como únicas alternativas la vida en la calle o la posibilidad de “éxito”, basado en la adquisición de “objetos de poder”, de culto global.

Con todo, no sería muy atinado pensar que sólo existe un tipo único de joven en los sectores populares, entre otras cosas porque el concepto de sectores populares, es ambiguo, difuso; desde el discurso político hasta el discurso de las ciencias sociales, el término sectores populares se utiliza para dar cuenta de una inmensa mayoría de personas que difieren en valores, aspiraciones, expectativas e ingresos económicos, incluso aunque compartan el mismo espacio residencial, sea éste el barrio o las llamadas urbanizaciones de “interés social”, normalmente tan estigmatizadas como los barrios.



Los jóvenes -y entonces no el joven- en el contexto popular urbano, constituyen una inmensa trama de biografías, de historias de vida, que se entrecruzan, que se unen, pero también, que se separan, se oponen, se excluyen, se niegan y hasta se aniquilan. Son los distintos Victorinos de Otero Silva creciendo en un mismo lugar.

El tema es tan complejo que, obviando a propósito la dificultad de aprehender un concepto como el de cultura, la propia idea de qué significa ser joven, y, por añadidura de qué entendemos por “juvenil”, no posee una definición específica; después de todo, por más que supongamos que se trata de un hecho dado desde el punto de vista biológico, se trata, particularmente, de una categoría socialmente construida (Bourdieu, 2002). Así mismo, tal como afirma Margulis (1996), la juventud, en tanto categoría está diferencialmente expuesta a un desgaste material del cuerpo, que varía de acuerdo al género y al sector social, con lo que deja de ser mera cronología.

Los jóvenes -y entonces no el joven- en el contexto popular urbano, constituyen una inmensa trama de biografías, de historias de vida, que se entrecruzan, que se unen, pero también, que se separan, se oponen, se excluyen, se niegan y hasta se aniquilan. Son los distintos Victorinos de Otero Silva creciendo en un mismo lugar.

El obrero, el deportista, el músico, el religioso, el estudiante, el malandro... hay de todo en el barrio, porque el barrio es asombrosamente caleidoscópico, tanto, que se escapa a la racionalidad de quien lo ve desde fuera; tanto, que todos esos personajes podrían convivir, con un poco de cada uno, en una suerte de heteroplastia social incomprensible, en una sola persona. Por ello, intentar descifrar el misterio de la juventud en los sectores populares a través de una mirada puramente “epidemiológica”, sólo nos conduciría a alimentar más estereotipos y, también, por qué no decirlo, a dotar de más argumentos a lo que Löic Wacquant ha llamado una nueva *doxa punitiva* (Wacquant, 1999) que criminaliza la pobreza, movida por una ideología económica y social basada en el individualismo y que ahora traducida en lo jurídico, se cristaliza en un efectivo y

eficiente dispositivo de marketing ideológico con impacto mundial, en la que las zonas pobres pasan a ser vistas como “espacios incivilizados”¹.

Un elemento sí parece ser común en toda esa multiplicidad, la juventud es un periodo mucho más corto en los llamados sectores populares que en cualquier otro estrato social. La incorporación al mercado de trabajo –o a otra actividad que posibilite adquirir dinero– siempre por necesidad, real o sentida, sea formal o informal, lícita o ilícita, comienza a una edad muy temprana. Se trata de alcanzar lo más pronto posible el estatus de adulto y las posibilidades económicas a que éste, idealmente, conlleva. Aportar algo para la casa, pagarse los estudios –inmersos en un modelo educativo, en el que, como señaló alguna vez Bourdieu (2002), las instituciones otorgan títulos a la vez que confieren aspiraciones; gastárselo, en algunos casos, en el teléfono celular o la ropa de marca, mimetizarse, convertirse en otro, vivir, aunque sea sólo de manera virtual, una vida distinta a la que, día tras día se lleva al interior del barrio, enmarcada en lo que los medios definen como modelo de éxito.

Entre el arraigo y el desarraigo, la invisibilidad social a la que está sometido el habitante de los sectores populares, le obliga a inventar en no pocos casos otra *fachada*² para aumentar su “cotización” en el *rating* social, en la que algunos elementos de consumo forman parte de esa estrategia aplicada tanto fuera como dentro del espacio habitado.

Otro elemento que achica la duración de lo que se entiende por juventud, lo constituye el hecho de que las uniones de pareja, estables o no, se producen, en términos generales, a una edad más temprana entre las y los jóvenes de los sectores populares, caracterizándose por la presencia de intervalos genésicos e intergenésicos cortos; es decir, con nacimientos de hijos poco tiempo después de la unión y de nuevos hijos, después del primero en periodos relativamente cortos.

¹ Por ello, es frecuente encontrar en los medios una esquizofrénica dicotomía ente “muertos buenos” y “muertos malos”, o peor aun “muertos olvidables”, como ha señalado la investigadora Rossana Reguillo (2002). Las noticias de hechos de violencia en contra de jóvenes, sobre todo si se trata de jóvenes de los sectores populares, se convienen en algo natural, normal, pasan a segundo plano, se olvidan.

² El término es de Erving Goffman, quien la define como: “...la parte del desempeño del individuo que funciona regularmente de forma general y fija con el fin de definir la situación para los que observan la representación. La fachada por tanto, es el equipamiento expresivo, estereotipado e intencional o inconsciente, empleado por el individuo durante su representación”. Cf. Erving Goffman. *A Representação do Eu na Vida Cotidiana*. Petrópolis. Vozes, 1975. p. 29. Traducción nuestra

...intentar descifrar el misterio de la juventud en los sectores populares a través de una mirada puramente "epidemiológica", sólo nos conduciría a alimentar más estereotipos...

Un elemento sí parece ser más común en toda esa multiplicidad, la juventud es un periodo mucho más corto en los llamados sectores populares que en cualquier otro estrato social.

Ello, ciertamente, obedece a muchos factores, entre estos a un modelo cultural en el que tener hijos constituye una etapa de realización de vida por encima de otras aspiraciones de carácter más individual.

Así también, en un contexto en el que la violencia forma parte integrante de la cotidianidad, en la que los pocos espacios públicos o espacios compartidos, se convierten a ciertas horas en espacios de terror, intransitables, en el que la muerte temprana recuerda siempre la propia finitud; la vida adquiere otro sentido, otra velocidad. Para algunos, se trata de acumular algún dinero para dejar algo a la familia, aunque en ese tránsito se pueda perder la vida. Para otros es simplemente una pesada carga, en la que da lo mismo quedarse o irse, o simplemente "escaparse" a través de cualquier droga que se pueda conseguir, frente a un destino social que no parece ofrecer posibilidad de mejoría.

A ello debemos sumar la frustración que se genera en la contradicción entre las expectativas, el esfuerzo y los logros que muchos otros jóvenes en el contexto popular terminan acumulando, por lo cual una mejora en la calidad de vida termina convirtiéndose en un sacrificio inútil, en un sueño vacío, que será constantemente desmentido no sólo por otros jóvenes del mismo contexto, sino por la propia realidad social, frente a un mercado educativo y laboral cargado de discriminación y prejuicios de todo tipo.

Pero frente a todo este escenario tan desgarrador, a veces el único lado conocido de

estas comunidades, también se levantan los futuros grandes deportistas, el músico que será reconocido, el hombre o la mujer que, en medio de tantas privaciones, se convertirá en profesional; el constructor que aprendió el oficio de sus padres, el chofer de taxi o por puesto, el cultor popular... Aún en medio de las privaciones, la riqueza de estos espacios reside en su inconmensurable diversidad, una diversidad que es el motor que impulsa la dinámica cultural que hace posible la creación de estrategias, redes, asociaciones, que permiten encontrar soluciones ante tanta adversidad.

Las juventudes populares urbanas constituyen un universo sumamente rico y complejo. Un universo que está aún por estudiarse y que tiene mucho que decirnos si nos permitimos escuchar esa multitud de voces que pueden ayudar a cambiar el país que tenemos por el país que, cada uno desde nuestro campo, soñamos con construir.

*Antropólogo

REFERENCIAS

- Bourdieu, Pierre. (2002). "La juventud no es más que una palabra". En: Bourdieu, Pierre. (2002). *Sociología y cultura*. México, Grijalbo-Conaculta. P. 163-173.
- De Freitas, Júlio. (1995). "Bárbaros, armados y peligros. La eficacia del discurso sobre violencia popular urbana". En Amodio, Emanuele y Ontiveros Teresa. (1995). *Historias de identidad urbana. Composición y recomposición de identidades en los territorios populares urbanos*. Caracas. Tropikos. P. 147-159.
- De Freitas, Júlio. (2004). "Caracas pública, privada, de nadie". En SIC. *Revista de la Fundación Centro Gumilla*. N- 665. Junio. pp. 199-202.
- Goffman, Erving. (1975). *A Representação do Eu na Vida Cotidiana*. Petrópolis. Vozes.
- Margulis, Mario. (Editor). (1996). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires. Biblos.
- Reguillo, Rossana. (2002). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Colección *Enciclopedia latinoamericana de sociocultura y comunicación*. Buenos Aires. Editorial Norma.
- Wacquant, Lóic (1999). *Les prisons de la misère*. Paris, Raisons d' Agir.

